

Escuchad, chicos, no estoy acostumbrado a hablarle a gente de vuestra edad: soy un hombre muy anciano, un bisabuelo ya. Hace veinte o veinticinco años, yo contaba estas historias a mi nieto, que ahora también es profesor, y que ya ha sobrepasado los 30. El personaje de quien os voy a hablar se llama Ulises, *Odysseus*, en realidad, según su nombre griego. Le conocemos porque hace casi tres mil años un gran poeta, que no se contentaba como yo con relatarlas vulgarmente, cantó en verso sus historias en grandes asambleas. Imaginaos que ese personaje, Ulises, de quien se continúa hablando como lo hago yo, y leyendo su historia en el texto de ese poeta llamado Homero, vio la luz hace tres

mil años. Quienes estudiáis griego, e incluso quienes no lo estudian, sabéis al menos quién es Homero: el autor de la *Iliada* y la *Odisea*. Ulises es uno de esos personajes que ha llegado hasta nosotros desde los tiempos más remotos, porque se trata de lo que podríamos denominar un personaje clave, un héroe de la antigua Grecia. Pues bien, tres o cuatro siglos después, en el siglo v a.C., en Atenas, todos los niños que iban a la escuela aprendían de memoria las historias de Ulises. Esto formaba parte de su educación básica, hasta el punto de que conocían a Ulises como si se tratara de uno de sus compañeros.

Además de este personaje, hay otro que se llama Aquiles, «Aquiles, el de los pies ligeros». Aquiles, el guerrero, morirá joven porque sólo tiene una idea en mente: enfrentarse al enemigo en un combate singular, en

el campo de batalla de Troya, ciudad que los griegos querían tomar. Aquiles escogió lo que los griegos consideraban la «muerte digna». Eligió morir siendo muy joven todavía, cuando estaba en la flor de la vida, en su momento de máxima valentía y energía, creyendo que, si moría en combate, después de haber demostrado un día tras otro, al enfrentarse a otros grandes guerreros, que él era el mejor en la guerra, que nadie le superaba en heroísmo ni en valor, ni en habilidad en el combate, tendría la gloria inmortal asegurada, una gloria que no acabaría nunca. Así pues, Aquiles representa la virilidad, el valor, el heroísmo.

Mas la de Ulises es una historia absolutamente distinta. Él también es un buen guerrero, pertrechado con su casco, el penacho de plumas, la coraza, el escudo, el venablo y

la espada. Pero Ulises es, sobre todo, un pícaro, un tipo increíblemente astuto. Posee una cualidad que en griego se denomina *metis*, astucia. Esta astucia le permite superar todas las dificultades cuando parece estar perdido. Lo tiene todo en contra, ya que se enfrenta a otros más fuertes que él, pero, gracias a su carácter pícaro, astuto, mentiroso y bribón, siempre logra inventarse tretas para —disimulando su intención—acabar ganándoles.

Ulises ya demostró en Troya que era un excelente guerrero, pero —y eso a mí me lo hace especialmente simpático— no tenía demasiadas ganas de ir a la guerra. Todos los griegos están reunidos en asamblea. En ese gran país que era entonces Grecia, cuando se quería hacer una expedición, se convocaba a todos los guerreros, y por eso se dicen:

«Nos falta Ulises». Entonces, envían a un viejo bonachón, Néstor, un personaje heroico, anciano, sabio y que sabe hablar bien, para convencerle de que se una a la expedición. Ulises, que, en ese momento, tiene entre 25 y 30 años, acaba de casarse con una mujer, de quien sólo diremos su nombre: Penélope, y tiene un hijo recién nacido, de sólo tres meses, piensa: «No es el momento de partir a la guerra, ¿qué debo hacer para que desistan?». En Grecia, todo el mundo sabe que él es el más inteligente, el más ingenioso, así que se dice: «Sólo tengo una solución: hacerme el loco». Entonces, cuando se entera de que Néstor quiere convencerle de que parta a la guerra, monta una especie de puesta en escena: toma su carro —un arado común, apenas un trozo de madera con una lámina que sirve para la labranza—, lo ata a

un asno y a un mulo y, en cuanto le avisan de la llegada de Néstor, se pone a andar hacia atrás delante del carro, todo harapiiento, como si estuviera loco. Y, para demostrar que había perdido completamente la razón, en lugar de llevar consigo una bolsa con las simientes de trigo que se arrojan a la tierra a medida que se labran los surcos, en su saco tan sólo lleva piedrecitas. Siembra piedras andando hacia atrás y siempre delante de su arado, del que tiran un asno y un mulo. De modo que todos los demás, cómplices de Ulises, le dicen a Néstor: «¡Oh! ¡Ulises ha perdido la cabeza, está completamente chiflado!». Naturalmente, Néstor no es un ingenuo. Asiente, pero coge al pequeño Telémaco, aún en pañales, y, mientras Ulises anda hacia atrás con el carro delante de él, lo deposita entre éste y el carro, justo en la lí-

nea por la que avanzan el asno, el mulo y el arado. Cuando Ulises se da cuenta, corre hasta el niño y lo coge en sus brazos. Néstor le dice entonces: «Deja de hacerte el loco, ya ves que no estás loco en absoluto, has comprendido muy bien lo que iba a pasar. ¡Vamos!».

Y parte a la guerra. Participa, pues, en la guerra de Troya, en diez años de combates, diez años de sitio, hasta que, finalmente, Troya es tomada gracias a una artimaña que Ulises pone en marcha junto con un artesano excelente, un hombre que sabe trabajar bien la madera y responde al nombre de Epeios. Troya es una ciudad fortificada, de altas torres, en la que los griegos no logran penetrar. Las batallas, muy sangrientas, tienen lugar a las puertas de la ciudad. Un día avanzan los griegos, al día siguiente lo hacen los troya-

nos. Mueren los mejores guerreros, es el horror de la guerra. Todos están agotados, pero los griegos no quieren regresar sin lograr la victoria: ¡haber pagado tan caro esos diez años y regresar con las manos vacías! Ulises tiene una idea: manda construir un caballo de madera, pero uno enorme, no un caballito como el que tenéis vosotros, o como el que habréis visto en alguna ocasión, uno de esos que parecen una mecedora, sino un caballo enorme, tan grande como una casa de madera, y hueco en su interior. Para entrar en él, se sube por una escalera, se abre una trampilla y uno puede entonces meterse dentro. Este caballo lo construyen sin que los troyanos lo vean, y luego lo llevan hasta la arena de la playa; imaginaos la ciudad, la llanura, la ribera del mar con los barcos de los griegos, y allí, en medio, el caballo.



Los griegos simulan que abandonan, que se retiran. Todo el ejército griego vuelve a los barcos y emprende el regreso. Los troyanos piensan: «Ya está, hemos ganado, ahora se van». Es cierto que dejan ese enorme caballo, pero —y Ulises ya contaba con ello— parece algo así como una especie de ofrenda hecha por los griegos a sus dioses. ¿Por qué? Porque los griegos tienen dioses relacionados con el caballo: una Atenea equina o un Poseidón equino. Los troyanos piensan, pues, que ese caballo es una especie de talismán que los griegos han abandonado porque no podían cargarlo en sus pequeños barcos (en esa época, las naves eran pequeños barcos de vela y de remos). Y piensan también: «Será un talismán para nosotros si lo hacemos entrar en la ciudad». De modo que llevan el caballo de Troya al otro lado de los muros, cruzan

las puertas de la ciudad y celebran una gran fiesta; se divierten, bailan, cantan, beben, bromean, hasta que, finalmente, van a acostarse.

Es de noche. El caballo está en el interior de la ciudad y, dentro de él, por supuesto, permanecen escondidos, silenciosos, emboscados, los mejores guerreros de los griegos. Esperan hasta que no se oye ningún ruido en la ciudad y, cuando todo es silencio y oscuridad, abren la trampilla y descienden a las calles de Troya. Se precipitan hasta las puertas de la ciudad, las abren y, como entretanto los barcos han regresado, todo el ejército griego está allí, que corre hacia Troya y ocupa la ciudad. Pero no se contentan con tomar la ciudad y vencer. Cuando los hombres hacen la guerra, a menudo se vuelven locos, malvados: no sólo matan a todos

los hombres, sino que, incluso, matan a niños y mujeres; se comportan de manera vergonzosa. Entran en templos en los que, en principio, no deberían entrar, se apoderan de las mujeres y de los niños que están allí y se los llevan como esclavos. En resumen, demuestran que incluso los hombres y los pueblos civilizados, en muchos aspectos respetables, pueden perder la cabeza cuando habita en ellos el odio y cuando la guerra hace estragos. Y lo sabemos porque nosotros mismos, los franceses, en algunas guerras, como hace algún tiempo en la guerra de Argelia, nos hemos comportado de una manera escandalosa, algo que los dioses griegos habrían condenado del mismo modo que condenaron a los griegos. Siguiendo con el relato, cuando los griegos inician el regreso en sus barcos, les pesa la conciencia y los dioses deci-

den castigarlos. La flota entera se dispersa, la mayoría de los guerreros muere.

Sin embargo, Ulises, quien no ha sido particularmente malvado en la conquista de Troya —porque no se ha distinguido por su crueldad, ni por la tortura que podría haber infligido a sus enemigos, ni por el hecho de matar a mujeres y a niños y no sólo a guerreros para salvar su propia vida—, sólo Ulises permanece con su flotilla. Él es el rey de una pequeña isla, que algunos de vosotros, si vais a Grecia, conoceréis: Ítaca. Ulises parte de Troya con doce navíos. En esa época, la navegación no era fácil, los barcos no querían ir hacia alta mar, no tenían ni timón, sólo un simple remo en la parte trasera. Ulises y sus compañeros sufren tempestades, descienden hasta las costas de Tracia para intentar avituallarse, pero son atacados por los habitantes

del país y pierden muchos hombres y barcos. Vuelven a partir. Llegan finalmente al extremo de Grecia, a lo que se denomina el cabo Malea: ya no son aguas de Grecia, sino un mar más amplio. Y cuando doblan el cabo Malea, Ulises, que ya distingue a lo lejos las costas de su patria, piensa que su viaje ha concluido. Pero no es así. Apenas superado el cabo Malea, de pronto, los dioses desencadenan tormentas, huracanes y una especie de olas espantosas, y, durante nueve días seguidos, el barco de Ulises es arrastrado hacia una especie de mundo que ya no es el mundo de los hombres, que ya no es el mundo de los griegos, que, ni siquiera, es un mundo humano.

¿Por qué? Porque para los griegos, aunque tengan enemigos, aunque se peleen, siempre existen unas normas. ¿Qué son los hombres para los griegos? Para empezar, son unos

seres que devoran pan y beben vino; es decir, son agricultores, cultivan campos con arados, recolectan cereales y comen pan. Hay también viñas cultivadas, la tierra no es salvaje, está labrada. Ante todo, comen pan y beben vino, como hombres. En segundo lugar, los hombres reconocen a los dioses, saben que no todo está permitido, que, por encima de ellos, hay seres poderosos que les ven, que les observan y les juzgan. Por consiguiente, si les corresponde a ellos decidir lo que van a hacer o lo que no, no pueden obrar de cualquier manera. Y existe un punto en particular sobre el que todos los griegos, todos los troyanos, todos los habitantes del Asia Menor, todo el mundo en la Grecia continental, en el mar Negro, está de acuerdo: es lo que llamamos la «hospitalidad». Cuando uno está en su país y ve llegar a alguien a quien

no conoce, un extranjero, alguien distinto, pidiendo ayuda, suplicando que se le acoja, la norma impone que se le reciba, y en caso de no hacerlo, Zeus, el dios más importante, el Zeus de los extranjeros, el Zeus de la hospitalidad, se escandaliza.

Desde el momento en el que ya no se encuentran en aguas griegas, Ulises y su nave están en un mundo fantasmagórico en el que ya no existen hombres propiamente dichos. Ya no hay consumidores de pan, ni bebedores de vino, ni tampoco personas que respeten la hospitalidad. Más bien tienen que vérselas con una especie de dioses, seres inmortales a diferencia de los hombres, que son mortales: somos un niño o una niña, crecemos, somos adolescentes, nos convertimos en adultos y, después, empezamos a debilitarnos, nos convertimos en un anciano más o

menos chocho, débil, sin fuerzas, que pierde la cabeza; este es el destino de los hombres: subimos y, en un momento determinado, volvemos a bajar. En cambio, llamamos a los dioses «bienaventurados inmortales». Ellos no existen en el tiempo, no tienen que nacer, tampoco tienen que morir ni hacerse mayores, son lo que son, están allí y ya no van a moverse. Desde luego, los hombres se dicen: «Yo llego y me iré, estoy de paso, soy simplemente eso que los griegos consideran “efímero”, algo que otro vendrá a sustituir, como la hoja del árbol, que cae. Mientras que aquellos son algo consistente, fuerte, que no se debe tomar a broma». En esta especie de mundo, al que Ulises ha sido lanzado con sus navíos, habrá seres de este tipo —diosas inmortales, sobre las que diré alguna cosa— y otros que no son verdaderos hombres. Uli-



ses, en el fondo, va a pagar quizá para expiar el hecho de que los griegos no han sabido ser comedidos en esta guerra, porque no han sabido sentirse próximos a esos hombres a los que combatían, que eran enemigos pero también seres humanos, hermanos. Ulises es enviado a un mundo que es el de las fronteras de la noche, un mundo en el que, según los griegos, dominan las fuerzas, todo lo que pesa sobre vosotros.

Al cabo de nueve días de tormenta, Ulises ya no sabe dónde se encuentra, atraca en una costa que no conoce, de la que no sabe nada. Envía a tres de sus marinos a explorarla, para ver dónde están, quién vive allí, si esa gente tiene intención de matarlos o si, al contrario, quiere proporcionarles alimentos y ayudarlos. El país que descubren es el país de los lotófagos, no el de los consumidores de pan,

sino el de los consumidores de loto, una planta mágica en cierto modo. Es una planta que, tan pronto la has comido, ya no te acuerdas de nada, ni de quién eres, ni de los motivos por los que estás allí. Ese mundo en el que Ulises ha atracado está dominado por el imperio del olvido. Los tres griegos enviados como exploradores llegan allí y son muy gentilmente recibidos por los lotófagos: «Pero venid, tomad un trago...». Y comen loto. Apenas lo han comido, ¡zas!, ya no se acuerdan de nada y ya no sienten deseo alguno de regresar a casa. Cuando vuelven a reunirse con Ulises, éste les dice: «¿Qué habéis visto?». «¡Loto, loto!», contestan ellos. «¿Qué, loto?» «¡Sí, loto, loto!» Ya no recuerdan nada. Ulises dice: «Volvamos a embarcar». «No, no, nos quedamos aquí.» Ya no tienen pasado, ya no tienen futuro, ni siquiera tienen identi-

dad, solamente una idea: «No nos moveremos más, nos quedamos aquí». Ulises los coge por el pescuezo, los mete en los navíos y vuelven a partir.

Atracan justo al día siguiente; es de noche, una noche oscura, no hay ni el más leve rayo de sol, pero tampoco lluvia ni viento. Los marinos han soltado los remos, están en el barco preguntándose qué ocurre, mientras el barco avanza por sí solo: es el oleaje el que lo empuja hasta una isla, que ni siquiera habían visto. Sus barcos hacen cierto ruido al rozar el fondo y se dan cuenta de que han alcanzado la arena de una playa. Hace un momento estaban ante las puertas del olvido, y ahora es como si se abrieran ante ellos las puertas de la noche, de un mundo nocturno, al que han sido empujados completamente solos, sin ver nada, sin comprender nada,

como si de magia se tratara. Descienden, se encuentran sobre un pequeño islote en el que no crece nada, ningún cultivo, ni viñas, ni cereales, sólo bosques y cabras salvajes. Matan algunas para comer. A la mañana siguiente, cuando el sol se levanta, distinguen una isla mayor, un poco más lejos, muy escarpada, con unas cuevas inmensas en lo alto, en lo más alto de todo, y unos senderos empinados que suben hasta ellas. Es la morada de los denominados cíclopes, un pueblo que no conoce la navegación, que no tiene barcos ni remos ni puertos. Ulises dice: «Si estuviéramos aquí, podríamos construir un buen puerto, podríamos comerciar». No hay nada de agricultura, nada en absoluto. Viven todos aislados, no hay sociedad, no hay Estado ni nación. Cada cíclope vive aparte con su familia, en su cueva, encerrado en sí mis-

mo. Y esos cíclopes no son inmortales, pero se hallan, sin embargo, más próximos a los dioses que a los hombres, viven más años, y, sobre todo, no se preocupan por los dioses, como vais a constatar. Cuando comprenden que tendrán que habérselas con este tipo de personajes, los marinos suplican a Ulises regresar a la nave. Pero Ulises, que es un hombre inteligente, astuto y de carácter curioso, dice: «No, no voy a perder esta ocasión, me gustaría mucho ver de cerca a estos cíclopes».

Se lleva a los doce mejores hombres de su tripulación. Pone su nave a cubierto, en un lugar en el que no se pueda localizar desde arriba, al abrigo. Después ascienden por el pequeño sendero y llegan a una gruta inmensa. Delante de esa gruta hay una especie de establo para animales, cerrado por un muro

con una puerta, y en la gruta hay queso, leche y cañas. Estos cíclopes son pastores, tienen rebaños, no comen pan, no beben vino, es cierto, pero beben leche y comen queso y, de vez en cuando, alguna de las bestias del rebaño. Al verlo, los doce marineros que acompañan a Ulises dicen entonces: «Cojamos unos quesos y algunos animales y vayámonos». «No —dice Ulises, testarudo—, nos quedamos, vamos a ver.» Se esconden, pues, en la cueva y, en esa gruta inmensa son como pulgas, lo que no es poco. Al rato, llega el cíclope, un ser enorme, como una montaña humana, con un único ojo en medio de la frente, no dos ojos como vosotros y como yo, sino un solo ojo en el centro de la frente. Está allá, hace entrar sus rebaños, ordeña sus ovejas y da de comer a los corderos, ni siquiera ve a los griegos, porque son

demasiado pequeños, éstos se han escondido en el fondo de la cueva y tienen muchísimo miedo de aquel coloso. De pronto, el cíclope echa un vistazo y los descubre. Les dice: «¿Pero quiénes sois?». Naturalmente, Ulises lo engaña diciéndole: «Somos griegos, estábamos en la guerra de Troya». «¿Y vuestro barco?» «Ya no lo tenemos —responde Ulises—, fue destruido por la tempestad. Venimos aquí a suplicar hospitalidad, invocamos al Zeus de los suplicantes para que nos concedas hospitalidad.» «Os la voy a dar —le dice el cíclope—, os voy a dar hospitalidad en mi barriga, dentro de mi vientre.» Entonces, coge a dos por los pies, les rompe la cabeza golpeándolos contra el suelo y engulle a ambos hombres. Los griegos empiezan a lamentar la curiosidad de Ulises. Él mismo se hace reproches: «Debería haberme ido, ¿cómo

voy a librarme de esto?»». Ulises había llevado consigo un odre lleno de un vino, que se lo habían dado en unas condiciones que poco importan ahora, un vino absolutamente magnífico. En aquella época, los vinos griegos no podían beberse puros, tenían demasiado alcohol, pero éste, incluso puro, incluso sin mezclarlo con agua, tenía un sabor fantástico; un sacerdote de Apolo se lo había dado a Ulises como un formidable regalo. El cíclope maltrata a todos los hombres; se ha comido a dos por la mañana, y vuelve a comerse a otros dos por la noche. Al final del día, coge una roca inmensa, de la que el poeta nos dice que ni cuatro carros con dos caballos cada uno lograrían moverla, se la lleva como si fuera una pluma y cierra con ella la única entrada de la cueva. Los griegos quedan pues prisionados allí dentro toda la noche.